

María de Zayas y Sotomayor

María de Zayas, una de las grandes plumas del **Siglo de Oro español**, que por su condición de mujer no obtuvo el mismo reconocimiento que muchos de sus contemporáneos, pero que jugó un papel muy importante.

Nacida en Madrid allá por **1590** en el seno de una familia acomodada, María fue una de esas mujeres cuya biografía se perdió en el olvido pero que hoy podemos reconstruir gracias a sus obras y a los elogios que autores de la talla de Lope de Vega le brindaron. En una España como era la del Siglo de Oro, en la que el papel de la mujer se limitaba a parir o (en el caso de que fuera monja) a rezar, en la que esta debía sumisión y obediencia al hombre y a Dios; María de Zayas plasmó una mentalidad transgresora y reivindicativa, que rompía con los cánones y convencionalismos sociales de la época. Defendía con tesón que «*si en nuestra crianza, como nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y las cátedras como los hombres, y quizás más agudas, por ser de natural más frío*».

Zayas fue celebrada como poetisa en las academias literarias madrileñas de la época. No era fácil entonces. Su poeta favorito era Lope, pero aquellos autores no ayudaban mucho a las damas escritoras a sacar cabeza, bien al contrario, la influencia de estos era muy negativa; en sus novelas y comedias era recurrente la misoginia, la crítica y la mofa hacia las mujeres. Compuso al menos una obra dramática, *La traición en la amistad*, elogiada por Lope de Vega, en *El laurel de Apolo* y que ha sido objeto de estudio, entre otros, por Emilia Pardo Bazán. Pero su renombre se debe esencialmente a sus dos colecciones de diez novelas cortas enmarcadas, publicadas en Zaragoza, en 1637 y 1647 respectivamente: las *Novelas amorosas y ejemplares* y la *Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto (Desengaños amorosos)*. Ambas obras se inscriben dentro del auge que cobra la novela corta en España a raíz de la aparición de las *Novelas ejemplares* (1613), de Cervantes.

Sus obras contaron con gran éxito y numerosas traducciones a otras lenguas, éxito internacional solo superado, entre los novelistas del siglo XVII, por Cervantes, Mateo Alemán y Quevedo. Tuvieron gran influencia especialmente sobre la literatura francesa.

Su obras se reimprimían con éxito gracias no sólo al desenfado de su prosa, hasta que en el **siglo XVIII** la Santa Inquisición decidió censurarla. Sin embargo, otras grandes escritoras como **Emilia Pardo Bazán** rescatarían el trabajo de esta mujer injustamente olvidada. Como esta heroína de pluma y papel abogaba por la inclusión cultural de la mujer, destacó frente a sus contemporáneos por la sencillez narrativa de su obra. Lo importante era invitar a la lectura; y qué mejor que la amenidad y la soltura envolvente de su prosa.

Pero lo más importante de ellas no fue tanto la repercusión que hubo de tener, sino el prototipo de mujer que ponía de relieve a través de sus protagonistas. Fémimas, todas ellas, que se alejaban del modelo ideal de esposa sumisa, devota e inocente, que sufre lo insufrible y calla su padecer, siempre por el bien de su marido. Las protagonistas de sus obras son mujeres cultas, refinadas y, en muchos casos, adúlteras, lo que explica la persecución que la Inquisición llevó a cabo hacia este tipo de novelas.

María de Zayas fue la primera española que escribe y publica un libro de ficción con su nombre. Antes que ella, **Beatriz Bernal**, otra gran desconocida, publicó en Valladolid un libro de caballerías, *Cristalián de España*, en 1545, pero bajo el anonimato.

El renacer del interés por su obra, en las últimas décadas, está en buena medida vinculado a la aparición de la crítica feminista, ya que **en María de Zayas la cuestión femenina es el centro de su obra**. Sin embargo, el interés de su pensamiento y de su denuncia de la educación «castradora» recibida por las mujeres, o la fuerza de su defensa de su buen nombre, de su derecho a la cultura y al renombre literario no puede hacernos olvidar que es, ante todo, una gran novelista, que **narra con extraordinaria habilidad y ensarta con soltura motivos de origen diverso para construir una historia nueva e interesante**.

En el prólogo de su *Honesto y entretenido sarao*, **la autora reivindica en la igualdad entre hombres y mujeres** como dos mitades de la misma cosa y reprochando a los primeros la oscuridad en que sumieron a esposas, hermanas y colegas de arte parejo al de ellos: “Quién duda que habrá muchos que atribuyan a locura esta virtuosa osadía de sacar a luz mis borrones, siendo mujer, que en opinión de algunos necios, es lo mismo que una cosa incapaz”... También ofrece **la solución: formación para las mujeres**. “Si en nuestra crianza, como nos ponen el cambrey en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres y quizá más agudas”. Si no lo son, se parecen mucho al feminismo estas sentencias.

A lo largo de su obra la célebre escritora se centra en el papel femenino y las cadenas que sostienen a una figura casi invisible y maltratada. Sin embargo las armas de María de Zayas se afilan en la **picardía, el erotismo y desparpajo** en la utopía de aquella época de la **liberación de la mujer**. No obstante, de Zayas no despreciaba ni al hombre ni a su herencia artística e intelectual, permitiendo el engrandecimiento de sus iguales. María se empaparía de cada uno de esos maravillosos autores para su educación autodidacta; y uno de ellos sería nuestro honorable **Miguel de Cervantes**.

María de Zayas murió sobre **1650**, una autora del Siglo de Oro que tanto tiempo ha estado ausente de las escuelas.

Frases de la autora

Ellas, que escriben: “Si esta materia de que nos componemos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro, o ya una masa de espíritus y terrones, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras; si es una misma la sangre, los sentidos, las potencias y los órganos por dónde se obran sus efectos, son unos mismos... porque las almas ni son hombres ni mujeres: ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo?”

Ofensas: “Ni comedia se representa ni libro se imprime que no sea en ofensa de las mujeres”.

Tiranía: No hay “más respuesta que su impiedad o tiranía en encerrarnos y no darnos maestros. La verdadera causa de no ser las mujeres doctas no es defecto del caudal, sino falta de aplicación [...] Y cuando no valga esta razón para nuestro crédito, valga la experiencia de nuestras historias y veremos, por ellas, lo que hicieron las mujeres que trataron de buenas letras”.

Lectura: “¿Qué razón hay para que no tengamos prontitud para los libros? Y más si todas tienen mi inclinación, que en viendo cualquiera, nuevo o antiguo, dejo la almohadilla y no sosiego hasta que le paso”.